

HISTORIA DEL MOVIMIENTO OBRERO. VIEJAS FUENTES, NUEVA METODOLOGÍA *

M. Pérez Ledesma

Universidad Autónoma de Madrid

Quiero empezar dando las gracias a mi antigua Universidad, al Departamento de Historia Medieval, Moderna y Contemporánea, a la directora de este Curso y a las amables y no merecidas palabras de presentación, fruto de la buena relación que los colegas mantenemos, y no una descripción de la realidad, que en lo que a mí se refiere es mucho más prosaica y frustrante.

Tras este agradecimiento, me gustaría hacer una reflexión inicial sobre el título de mi intervención: *Historia del Movimiento Obrero. Viejas fuentes, nueva metodología*. Título que tiene la gracia de todos los títulos llamativos, pero que quizá puede inducir a algunos errores que desearía aclarar. Las fuentes para la historia del movimiento obrero son viejas, pero también nuevas. Como se ha puesto de manifiesto en la anterior intervención, durante muchos años quienes empezamos a trabajar en estos temas teníamos un repertorio muy reducido de fuentes, fundamentalmente de fuentes hemerográficas, que eran las que se habían conservado, y estaban disponibles. En cambio, era muy difícil el acceso a las fuentes de archivo: en parte porque muchas de ellas no se encontraban en España y en parte por problemas políticos o por dificultades para el acceso a las mismas. La última década ha supuesto, en cambio, como el director del archivo de Salamanca ha manifestado hace un momento, la afloración de un gran número de fuentes, que quienes empezamos antes a trabajar no pudimos consultar o hemos tardado tiempo en consultar. De esta manera se podría decir que no sólo la metodología, sino también gran parte de las fuentes, son nuevas, al menos para los historiadores (fuera cual fuese el momento de su producción). El repertorio de fuentes se ha ampliado considerablemente, lo que hace que las preocupaciones, las curiosidades, los intereses de los historiadores, hayan variado también.

Dicho esto, también querría hacer inicialmente una segunda consideración. Normalmente —y no me refiero sólo a la historia del movimiento obrero, sino en general a la historia y al quehacer historiográfico— las renovaciones y los intentos de renovación en Historia no suelen proceder del descubrimiento de nuevas fuentes, sino de la aparición de nuevas curiosidades y nuevas preguntas que se hacen muchas veces a las fuentes ya conocidas y archimanejadas por otros investigadores anteriores.

* El presente texto es una transcripción revisada de la conferencia impartida por el autor en el Curso «Fuentes e investigación en la España contemporánea».

Si se me permite un rápido *excursus* sobre la historiografía, creo que se podría decir que la evolución de la misma siempre va por un doble camino o por dos caminos complementarios. Hay una evolución acumulativa: se producen nuevos trabajos, nuevas investigaciones, aparecen nuevas fuentes, se depura la información que estas fuentes suministran; pero también hay saltos y cambios en la Historia, no por la acumulación de fuentes, sino por la aparición de nuevos temas y preguntas. Quizá los cambios de este segundo tipo son los más importantes y los más significativos, en cuanto que alteran la trayectoria profesional de los historiadores y les obligan a plantearse nuevas cuestiones. La historia crece entonces, no sólo por la acumulación, sino también por la ampliación, por la aparición de nuevos discursos y de nuevas cuestiones: y es a ello, entrando ya en el terreno de la historia del movimiento obrero, a lo que quería referirme en mi intervención. A la posibilidad de cambiar los planteamientos historiográficos aunque fuera utilizando las mismas fuentes que se habían utilizado anteriormente, es a lo que voy a referirme.

Conviene hacer un recorrido, aunque sea rápido, para ver cómo ha ido evolucionando, no sólo en España sino fuera de ella, la historiografía del movimiento obrero o más en general a las clases trabajadoras, y cómo en esa evolución fueron apareciendo nuevos temas, nuevas preguntas a las cuales conviene dedicar y cada vez se dedica una mayor atención. Se dice siempre, es un tópico, que la historia la hacen los vencedores. Es un tópico que es válido, siempre que nos refiramos a la historia más estrictamente académica: es decir, a la que se refleja en los libros de texto, y sobre todo en los que se utilizan en los niveles de enseñanza más bajos. Pero también hay otra historia que hacen los vencidos; y la historia del movimiento obrero en España, y también fuera de España ha sido tradicionalmente una historia de vencidos. Ha sido una historia de quienes se sentían ideológica, sentimental o vitalmente vinculados con la trayectoria de este movimiento. Desde el principio, la historia del movimiento obrero, es una historia comprometida, en la que el historiador se siente no ajeno, sino imbricado, vinculado con el tema sobre el que trabaja.

Pero el compromiso del historiador suele tener diversos grados y diversos niveles de lucidez. Probablemente los primeros que se dedicaron a hacer la historia del movimiento obrero, en la mayoría de los casos militares y autodidactas, tenían un nivel de lucidez más alto que muchos de sus seguidores académicos, por ejemplo en las décadas del stalinismo. Las primeras historias del movimiento obrero que se hacen sobre la marcha a finales del XIX —de las que en España son nombres conocidos Francisco Mora o Juan José Morato, pero fuera de España puede ser un paradigma Lissagaray y su historia de la Comuna, o los escritos de Mehring en Alemania—, esas primeras historias escritas por periodistas o por obreros autodidactas tenían un nivel crítico relativamente alto. Hay que recordar las palabras de August Bebel, el máximo dirigente de la socialdemocracia alemana, alabando a Frank Mehring, en las que decía que el historiador de la socialdemocracia alemana debería ser un historiador de los éxitos y de los fracasos, porque sólo conociendo los éxitos y los fracasos se podían conseguir enseñanzas de cara al futuro.

Este panorama inicial de una historia hecha por aficionados —con todo lo que el término tiene de noble—, por aficionados que además mantenían una vinculación crítica con su tema, cambió sin duda a partir de los años 20 de nuestro siglo, a partir de la constitución de la III Internacional, y sobre todo en las décadas de la más clara influencia del stalinismo. Es entonces cuando, en general, en las organizaciones vinculadas a la III Internacional aparece un tipo de historiador ya más académico o que tiende a ser más académico, pero que además sustituye la actitud crítica por una actitud fundamentalmente hagiográfica. La exaltación de los líderes en el terreno histo-

riográfico no es más que el reflejo del culto de la personalidad, para utilizar los términos clásicos, que se estaban produciendo en el terreno político no sólo de la URSS con Stalin, sino también en los distintos países europeos con sus propios dirigentes comunistas. El hagiografismo, quizá de forma inducida, afecta también a otras organizaciones, y no sólo a las de la III Internacional; también los partidos socialistas acentúan en sus escritos historiográficos los componentes de exaltación acrítica.

En todo caso, este período es una etapa en la que la historia resulta útil, en la que la historia que se hace sigue sirviendo como instrumento de creación, constitución o consolidación de la conciencia obrera. Es una historia para militantes, para afiliados, en la cual el componente ideológico pasa normalmente a primer plano y las luchas ocupan el lugar central del relato; es una historia en la que se ocultan los fracasos, se magnifican las victorias, se ensalza a unos líderes y desaparecen otros que con el paso del tiempo han caído en desgracia. Cualquiera que haya leído las sucesivas versiones de la *Historia del Partido Comunista de la Unión Soviética* puede encontrar abundantes testimonios de estos cambios.

Pasada la segunda Guerra Mundial comienza una nueva fase, que en España se vive con mucho retraso, una fase a la que quiero dedicar un poco más de atención. Comienza esta nueva fase por varias razones, unas internas al oficio y otras externas al mismo. Razones internas al oficio: la historia del movimiento obrero entra en la Academia; de repente quienes escriben sobre este tema son profesores universitarios y no periodistas, militantes o aficionados. La academización de la historia del movimiento obrero en España es muy reciente, pero en Inglaterra se vive desde la segunda Guerra Mundial; Eric Hobsbawm o E. P. Thompson, aunque éste de forma más episódica, son profesores universitarios, que por siguiente se ven obligados a aceptar las convenciones del oficio —el análisis crítico y la contrastación de las fuentes—, convenciones cuyo reflejo más sencillo son las notas a pie de página. Las historias del movimiento obrero empiezan a tener notas a pie de página, y eso es un cambio sustancial. Esta academización va pareja con un proceso más amplio y más difícil de definir, aunque podríamos denominarlo la *inutilización* de la historia del movimiento obrero, es decir, la historia del movimiento obrero comienza a ser algo inútil, por lo menos de forma inmediata. Ya no tiene esa utilidad inmediata de creación de conciencia, aunque como todo trabajo académico su utilidad se refleje en el *curriculum* de quien la hace; en todo caso, sirve para ampliar el conocimiento, y no para hacer fervores.

La academización (por llamarlo de alguna forma), inutilización o conversión de la historia del movimiento obrero en algo que no es inmediatamente útil, alejará sin duda a este tipo de escritos de sus primeros lectores, de sus lectores tradicionales. Deja de ser una historia que se escribe para obreros y que leen los obreros. En España el proceso es, como veremos, más tardío, pero acaba teniendo resultados similares. Por fin, es una historia que se escribe en un momento en el que el cambio en las organizaciones obreras, ligado a todo ese proceso de moderación y privatización que vive la Europa de la postguerra, hace que empiece a quedar oscurecida la teleología. Antes de la Segunda Guerra Mundial, la historia del movimiento obrero era una historia que tenía un fin, y que tenía un recorrido; nos podíamos situar en un punto sabiendo que teníamos un pasado y un futuro. El futuro más próximo y más lejano era la revolución, mientras el pasado era lo que el historiador estudiaba en función de los avances hacia la revolución. Cuando la expectativa revolucionaria desaparece, y se extiende el proceso de privatización y moderación de las organizaciones obreras, cuando se visualiza que las perspectivas revolucionarias han desaparecido, el historiador del movimiento obrero europeo se ve obligado a plantearse otros temas y otros criterios

de calidad e incluso otro público, en un cambio que en parte viene dado por las convenciones académicas, pero en parte también va a irse gestando con su propio trabajo.

¿Cómo se consiguen otros temas, otro público, otra calidad? Pues, como siempre en historia, a través de los préstamos de disciplinas próximas. El historiador no crea conceptos (los únicos conceptos estrictamente históricos son los que se refieren a la división de la historia en edades), pero es un asiduo consumidor de conceptos que proceden de otras disciplinas sociales, y acaba utilizando esos conceptos para su reflexión sobre el pasado.

Pues bien, la gran revolución que normalmente se vincula, como todos ustedes saben, con Thompson y su libro *El nacimiento de la clase obrera en Inglaterra*, ese gran cambio que en el mundo anglosajón se produce en los años sesenta, y del que todavía en buena medida siguen viviendo los historiadores anglosajones, es un cambio fundamentalmente conceptual que desemboca en un cambio en el tipo de historia que se hace. Es un cambio conceptual: en páginas muy famosas Thompson intenta hacer una nueva definición de la clase, que se resume en una frase archiconocida: «La clase no es ser, sino un ocurrir, un *happening*». La clase no nace provista con todas sus armas, sino que se va haciendo; y el trabajo del historiador es descubrir cómo se va haciendo la clase. Descubrir cómo se va haciendo la clase —segunda aportación fundamental de Thompson— es descubrir la importancia de algo que los historiadores tradicionalmente habían relegado a segundo término; la importancia de los artesanos, la importancia de la fase de transición. Es descubrir cómo el artesano va pasando a proletario, lo que significa no sólo un cambio económico, sino sobre todo un cambio de mentalidad. Es plantearse cómo los trabajadores empiezan a ser conscientes de que forman parte de una clase. La clase no es algo natural; no se nace en una clase como se nace con una adscripción a un sexo, sino que la clase se adquiere, de forma que los trabajadores acaban haciendo suya una idea que es absolutamente abstracta. Quiero insistir en esto porque hay una cierta visión naturalista de la clase: parece como si un obrero fuera consciente de que forma parte de una clase de forma absolutamente natural, lo mismo que sabe si es alto o bajo, si es rubio o es moreno, si es varón o es mujer.

Pues bien, esta obviedad es una obviedad introducida por una lectura, digamos acrítica, de los textos sagrados (de los textos sagrados del marxismo, por supuesto) y que convendría revisar. Si examinamos la sociedad ingenuamente, sin conceptos previos, vemos que hay muy diversos tipos de personas: hay trabajadores que ganan mucho y otros que ganan poco, hay aprendices y oficiales, hay dueños de pequeños talleres, hay dueños de talleres medianos, hay dueños de grandes fábricas; y todo eso no es fácil incorporarlo a una clase salvo que tenga previamente la correspondiente categoría. El obrero puede verse como miembro de una sociedad más o menos amorfa o escalonada (y así se veían durante mucho tiempo), o puede verse como miembro de una clase, es decir, de un grupo que no existe de forma inmediata en la realidad, pero que sí existe, y determina el comportamiento, en la mente de los sujetos.

Pues bien, estas aportaciones de Thomson y otras similares, más dispersas y menos organizadas, de Eric Hobsbawm o las aportaciones posteriores de Gasey St. Jones, trasladaron el problema del análisis de la historia del movimiento obrero de los términos económico-sociales —es decir, las condiciones de vida, los niveles de salario, las condiciones de trabajo, las huelgas, etc.— al terreno de las mentalidades; y de forma aún más radical en los escritos de St. Jones al terreno del lenguaje. El lenguaje configura y cristaliza una mentalidad; pero además tiene una dinámica propia, se crea a sí mismo, se reproduce a sí mismo y se reconstruye a sí mismo. De tal forma que

el último y mas discutido libro de Stedman Jones —que será traducido pronto al castellano— se titula *Lenguajes de clase* y uno de sus capítulos sustanciales está dedicado a un análisis del movimiento cartista, como análisis de un problema de lenguaje. Esta es quizá la derivación más radical de este proceso de renovación que se produjo en el mundo anglosajón. De un proceso de renovación que, al margen de las obras concretas tiene mucho que ver con una cuestión más general, antes apuntada: la interconexión de la historia del movimiento obrero e incluso la historia general, con otras disciplinas sociales.

En los años sesenta, en el momento (para decirlo de una forma muy breve y muy rápida, y como tal muy engañosa, pero que puede ser expresiva) en que el historiador del movimiento obrero pierde su lector habitual, se encuentra con que sus posibles lectores son sus colegas y los colegas de las disciplinas más próximas. La vinculación de la historia del movimiento obrero con la clase trabajadora se ve doblada o sustituida por una más intensa vinculación con el resto de la comunidad académica, ese cambio coincide con otros procesos que se estaban produciendo en aquellos momentos en disciplinas como la antropología o la sociología. Son los años en los que frente a la sociología funcionalista clásica comienza el proceso de historización de la sociología; o los años en los que los antropólogos empiezan a preocuparse no ya de las tribus primitivas del Africa y Oceanía, sino también de las pequeñas comunidades en la Europa civilizada. Ese proceso que aquí no podemos describir ha dado lugar a obras muy importantes: en antropología, y por poner como ejemplo una obra dedicada a España, aparece el libro de P. Rivers *Un pueblo de la sierra*, que es un análisis de Grazales, una comunidad civilizada; y entre los libros en los que los sociólogos intentan historizar su disciplina, a mí me gusta especialmente mencionar el libro de Giddens sobre la estructura de clases en las sociedades industriales. Pero en todo caso lo que quiero decir es que a lo largo de los años sesenta, en el mundo anglosajón se produce una confluencia no sin problemas, entre sociólogos, antropólogos e historiadores que lleva a estos últimos descubrir que hay otras preocupaciones y otros temas que ellos no han abordado nunca, que deberían abordar, y además se pueden abordar con las fuentes que hasta ahora han manejado. El título de un artículo, 'Sociología-historia, algo más que buenos amigos', puede expresar bien este proceso de confluencia.

En esa confluencia, conceptos como los de clase, revolución, conciencia de clase, etc., dejan de ser conceptos ingenuamente aceptados para convertirse en conceptos que deben ser analizados críticamente. La idea misma del proletariado —procedente de las definiciones más clásicas— se pone en cuestión mientras empieza la insistencia en las diferencias en la forma del trabajo entre el taller y la fábrica, etc., y si nos trasladamos del mundo anglosajón a la historiografía francesa, nos encontraríamos con procesos totalmente paralelos, sólo que con una mayor insistencia en lo simbólico. Por ejemplo, el libro de M. Perrot sobre las huelgas es un reflejo de la influencia de la etnografía francesa, que lleva a la autora a un análisis de las huelgas o de las manifestaciones, elementos simbólicos, y no sólo como instrumentos para la conquista de determinados objetivos.

¿Qué ocurría mientras tanto en España? En España todo este proceso no se podía vivir, o se vivió con retraso, o se está viviendo con retraso, por razones obvias. La presión política del franquismo, el intento de los franquistas de hacer olvidar el pasado, hizo que la reconstrucción puramente empírica del pasado llevara y siga llevando mucho más tiempo, y que se produjera con retraso respecto a las historiografías de otros países. De tal manera que sólo en nuestra década, comienza una puesta en cuestión de esa historia hagiográfica, teleológica, basada en concepciones aceptadas de

forma acrítica, que había dominado nuestros trabajos hasta entonces. Pese a ello, las nuevas preguntas han tenido hasta ahora en nuestro país un escaso desarrollo; quizá porque entre nosotros, y en los últimos años, han coincidido dos procesos que en otros países se habían producido en períodos históricos diferentes. Al mismo tiempo que aparece una cierta reflexión crítica surgieron muchas fuentes hasta ahora no manejadas (a lo que me refería al comienzo de mi intervención). Es decir, se produce al mismo tiempo la confluencia entre el afloramiento de nuevas fuentes y la aparición de nuevas reflexiones. Incluso más, junto con las nuevas fuentes aparecen múltiples instituciones interesadas en la explotación de esas fuentes, y no me refiero sólo a las instituciones académicas o universitarias, donde constantemente hay que generar temas de memorias de licenciatura y tesis doctorales, sino también a instituciones de carácter administrativo, desde las comunidades autónomas a las diputaciones provinciales, cada una de las cuales desea hacer visible su pasado o parte de su pasado. Con ello el historiador se convierte en un vehículo o en un instrumento para hacer aflorar localmente ese pasado que estaba olvidado, desconocido, despreciado o denigrado. De tal forma que en la última década el trabajo de análisis, catalogación, investigación sobre ese conjunto muy voluminoso de nuevas fuentes y documentos ha primado sobre el trabajo de carácter más reflexivo, que lleva al planteamiento de nuevas metodologías. En todo caso, como todo, la acumulación tiene un fin; y es de esperar que las nuevas cuestiones no se olviden y, en la medida de lo posible, influyan en las nuevas investigaciones.

Tras este recorrido, y en la segunda parte de mi intervención, desearía concretar algo más mi visión de los nuevos temas y preguntas, y ofrecer algunas sugerencias en torno a la utilización de viejas fuentes para aclarar algunas de estas preguntas. Se puede decir que la aparición de nuevos temas y nuevas metodologías —ambas cosas están relacionadas entre sí— está tomando la forma de una serie de círculos concéntricos. El círculo que inicialmente trabajábamos era el formado por las organizaciones obreras: restringiendo incluso más las cosas, por sus núcleos duros, sus dirigentes y sus funcionarios permanentes, y por los instrumentos de transmisión de la ideología y las consignas (los congresos, los periódicos, etc.). Aún se sigue trabajando este primer núcleo, el más fácilmente documentable a través de la prensa, a partir de las hemerotecas. Conviene señalar que cuando hablo de ampliación, no quiero decir nunca que haya que abandonar por completo los trabajos que se han hecho o se están haciendo en este primer nivel. Pero sí hay que mencionar que ese primer núcleo se ha visto ampliado con un intento de estudiar, no ya las direcciones, sino también a los afiliados. Es decir, el siguiente paso, que sin duda se ha dado ya, es el estudio (en la medida en que se encuentran listas, con datos de edad, sexo, etc.) de los afiliados, de sus oficios, de sus condiciones de vida, de sus formas de trabajo y de su participación en la vida organizativa. Si hay que mencionar lo que creo que fue un primer ejemplo de este tipo de estudios de carácter nacional, y no sólo local, me referiré a alguno de los primeros trabajos de M. Ralle, a partir precisamente del archivo de Salamanca, como su estudio de los afiliados a la Agrupación Socialista Madrileña.

Pero afiliados y dirigentes formaban eso que el título de un libro mío describe como «obreros conscientes». De ellos se estudiaba su carácter de obreros y los rasgos que definían su conciencia. ¿Por qué no, abriendo un nuevo círculo, estudiar lo que no es consciente en ellos, o lo que no representaba su actuación estrictamente obrera?, ¿por qué no estudiar su vida familiar, su moralidad, sus formas de comportamiento sexual, su actitud ante la religión, ante la vida? Parece que son temas etéreos, de difícil documentación, y no es cierto. Cualquiera que haya manejado, por ejemplo, los volúmenes de la Comisión de Reforma Sociales, vería que hay abundante documentación

sobre todos ellos. Lo que ocurre es que esta información casi nunca ha sido utilizada porque se consideraba que eran temas pocos relevantes. Ahora bien, podemos saber a qué edad se casaban los trabajadores y cómo trataban a sus mujeres; podemos saber, incluso, que muchos de ellos no querían casarse por la iglesia, pero las mujeres les obligaban; y hasta que había mujeres que aceptaban el concubinato porque pensaban que casarse por la iglesia era muy caro. Podemos conocer sus actitudes ante la prostitución, o por lo menos cómo veían la prostitución. Podemos saber si blasfemaban o no, a qué horas y qué días iban a la taberna y hasta cuánto se gastaban en ella, cuánto consumían y qué daño hacían al organismo.

Sobre todos estos temas, que los antropólogos pusieron en el tapete y por los que mostraron su curiosidad, han trabajado los historiadores de periodos anteriores: de los medievalistas a los modernistas; en cambio, en la historia contemporánea del movimiento obrero habían sido temas desechados o relegados, porque no contribuían al discurso lineal o teleológico que lleva desde la creación de la clase hasta su triunfo final.

Pero no es éste el último círculo. Es posible pasar de los obreros conscientes a los obreros no conscientes o no organizados, y obtener abundante información sobre la clase obrera en su conjunto, sobre sus formas de vida, de trabajo, de visión de la sociedad, etc... Incluso es posible hacerlo con muestrarios tan abundantes como los que un sociólogo utiliza para el análisis de las actitudes mentales en una sociedad actual. Aunque no sé cuál es el número exacto de informantes ante la Comisión de Reformas Sociales, estoy seguro de que supera el de muchas muestras que los sociólogos hacen en nuestros días; y muchos de ellos no eran obreros conscientes, sino obreros inconscientes. Y ahí podemos descubrir cosas muy interesantes: por ejemplo, que a finales del siglo XIX en muchos sitios no se sabía lo que era una huelga, no se sabía aplicar el término huelga a una realidad, sino que la huelga se entendía como una forma de conflicto individual, entre los individuos de una cuadrilla o entre un obrero y su patrono. Podríamos fechar el momento y los sitios en los que el concepto de huelga aparece; y sin concepto de huelga es evidente que no hay práctica de huelga. Podemos, para seguir con el mismo ejemplo, saber hasta qué punto la huelga inicialmente provocaba malestar y vergüenza en muchos trabajadores, como lo reflejan los testimonios de Alcoy. Es decir, podemos llegar a un conocimiento muy preciso de la mentalidad de los obreros no organizados; de una mentalidad que les habíamos atribuido de antemano, a partir de los textos clásicos, pero que nunca habíamos investigado cómo era exactamente.

Hay posibles ampliaciones, nuevos círculos para llegar no sólo a los obreros no conscientes, sino también a todo ese resto de las clases populares que conforman los trabajadores temporales, los mendigos, los vagabundos, los delincuentes, los encarcelados; de esta forma, quizá consigamos una descripción más compleja y por consiguiente mucho más rica, mucho más variada de la sociedad española de hace un siglo o de hace cincuenta años, que la que nuestros esquemas teóricos nos han permitido hasta ahora.

Al margen de los defectos ya mencionados de hagiografía o teleología, quizá lo que ha ocurrido durante mucho tiempo es que las palabras nos han ocultado la realidad. Me explicaré con un ejemplo: la primera vez que me acerqué a los textos socialistas de finales del XIX, encontraba términos que me resultaban conocidos: clase obrera, burguesía, a veces proletariado, jornaleros, explotación, emancipación, etc... Es decir, encontraba un lenguaje político que era exactamente el mismo lenguaje que manejaban las organizaciones clandestinas, o que los clásicos que yo entonces leía utilizaban en sus escritos. Esta similitud de lenguaje, probablemente lo que hizo fue

ocultar que bajo los mismos términos, las realidades subyacentes eran distintas. De aquí el interés de un análisis más preciso del lenguaje, al que me he referido hace ya bastante rato. Porque no se puede utilizar el lenguaje con ingenuidad, ni considerar que cuando una palabra está incorporada a nuestro propio lenguaje, sabemos lo que significaba para los que la utilizaban, cincuenta o cien años antes.

Me voy a referir a un par de ejemplos para no hacer más larga mi intervención. Son dos términos muy conocidos y frecuentes: emancipación es uno, y explotación el otro. Cuando leemos textos de fines del siglo pasado, nos encontramos con que las palabras explotación, obrero explotado, patrono explotador, aparecen con suma frecuencia. Inmediatamente, el recurso automático es pensar que sabemos lo que significan. Explotación es, está bien explicado en *El Capital*, obtención de plusvalía. Por consiguiente, si los obreros dicen que están explotados, y lo dicen con mucha frecuencia, entendemos que saben cuál es el mecanismo de obtención de plusvalía, y deducimos por ello que son conscientes, y que son conscientes en el mismo sentido en que nosotros lo somos o lo éramos.

Ese es un velo que oculta la realidad. Porque si se hace un análisis más preciso de los textos, nos encontramos que el término explotación encubre contenidos muy distintos a los que nosotros le damos. El obrero se siente explotado no porque haya un fabricante que obtiene plusvalía, es decir, trabajo no pagado. Se siente explotado — por lo menos, éste es mi análisis, que puede ser discutido y contrastado— porque en la segunda mitad del siglo XIX, en muchos de esos talleres ha perdido la dependencia de una jerarquía natural para pasar a una jerarquía basada en el dinero. Mientras que el obrero trabajaba con un maestro que conocía mejor que él el oficio (y que, por consiguiente, se lo enseñaba), y pensaba que biológicamente podía llegar a ser un maestro, probablemente no se sentía explotado, aunque ganara cuatro perras y realizara trabajo no pagado. Porque había unos conocimientos superiores de los que beneficiarse, porque había incluso una perspectiva vital, en la que el joven oficial esperaba convertirse en maestro algún día. Cuando empieza a hablarse de explotación es cuando los patronos ya no son maestros, sino unos señores que tienen dinero. Para seguir utilizando ejemplos de la misma fuente, en la Comisión de Reformas Sociales se menciona con mucha frecuencia a «los maestros, o los que se llaman tales, pero no lo son, porque no saben nada del oficio», o se dice que «ya no hay maestros como antaño, lo que hay es gente que tiene dinero». El obrero se siente explotado porque ahora no depende de alguien que jerárquicamente, en una jerarquía reconocida como natural, esté por encima de él, sino de alguien que sólo es superior a él artificialmente, porque tiene dinero. Pero además el obrero, para decirlo en términos marxistas, no se siente explotado en el proceso de producción, sino en el de distribución. Lo cual diferencia este análisis del análisis clásico de la plusvalía que Marx hizo. El obrero se siente explotado —para poner el ejemplo más pedestre, si ustedes me perdonan— porque él hace una mesa y cobra un salario, pero al día siguiente ve cómo ese señor que no ha puesto más que el dinero está vendiendo esa mesa por el doble de ese salario. La explotación no se refleja en el proceso productivo, sino en el mecanismo de comercialización. De aquí la reclamación clásica —que es difícil de entender desde el esquema marxista y que a Marx no le hacía especialmente feliz— del producto íntegro del trabajo. Si la mesa la he hecho yo, quiero cobrarla yo y no un intermediario.

Se podría continuar el análisis del concepto de explotación; para no alargarme demasiado basta decir que en último extremo el concepto de explotación no está vinculado al concepto de plusvalía, sino que está vinculado a dinero, ocio, patrón ocioso e ignorante, etc.

Pero vayamos al término emancipación. Cada vez que en mi lejana juventud veía algún artículo en el que se mencionaba la emancipación, saltaba de gozo y me identificaba sentimentalmente con el obrero, o los obreros, que decían semejante cosa. Había algo, en todo caso, que no conseguía entender: por qué esa insistencia en que la emancipación no podía ser individual, sino colectiva. Parecía algo tan evidente que no entendía por que los autores del XIX eran tan reiterativos. Pues bien, si se analiza el término emancipación con más detalle, se verá que hace un siglo por emancipación se entendía la posibilidad de montar el propio taller, y no la liberación de la clase, del oficio o de la humanidad. El obrero que se emancipa es el que deja de depender de un patrono y se convierte en el dueño de su propio taller. Esa emancipación sí que era posible individualmente a finales del XIX y eso sí que era un freno sustancial para la propaganda socialista del momento, hasta obligaba a los propagandistas socialistas a insistir en que la emancipación no debía ser individual, sino colectiva, y a insistir, además, en que cada vez la emancipación individual era más difícil, porque cada vez era más costoso convertirse en autopatrón. Es decir, en lugar de una perspectiva de clase, lo que tenemos es una perspectiva de ascenso individual, similar a la que todavía en nuestros días se mantiene en los pequeños talleres o en las más reducidas empresas del sector servicios.

Podría entretenerme mucho más en el análisis de otros términos; pero creo que ya he abusado más de la cuenta de la paciencia de ustedes. Por consiguiente, y para concluir, me gustaría sólo señalar que, puesto que en estos momentos nos encontramos ante una disciplina estrictamente académica, organizada y estructurada académicamente, que ha perdido su vinculación y sus lectores potenciales, que ha perdido su papel como instrumento para la toma de conciencia, conviene aprovechar algunas de las virtudes que, junto con todos sus defectos, tiene la academia. Entre otras el contacto con otras disciplinas, la depuración de los conceptos, la ampliación de los temas. Así es como va progresando la historia. Muchas gracias.